

EL FRUSTRER

...o cómo fue que
desperté

en el *ca*

Rodolfo Ávila Mejía

Jonathan E. Vega Reséndiz

Diseño de la Comunicación Gráfica

SUMIDOS EN EL SOPOR CITADINO y hasta la madre de las obras de construcción, la tranquilidad no sirve de mucho; de lo que antes fue el centro de la ciudad ya ahora queda sólo la burla, dice siempre mi padre.

Y pese a que hace mucho deseo perderme entre esas majestuosas edificaciones, termino por encontrarme en una realidad que deja mucho que desear con tanto comercio, cada nuevo Jefe de Gobierno se complace en castigarnos de una manera sublime. Pero aun así, alejado del tumulto de entes inanimados, hay algo que me jala a formar parte de él. Deambulo como los vagabundos, de esos que esta pinche crisis incorpora cada vez más a sus calles; y entonces la misma dirección se deja ver latente, esperándome como la puta espera a su padrote: ahí está el Fru Fru.

Desde chico me conmocionaba la imaginación esa fachada tan patética. La recuerdo siempre ahí, cada que iba con mis padres a ver los libros antiguos en las librerías de junto. Y por supuesto desde entonces me embrujó, y desde aquellos años no pude dejar de lucubrar lo que habría en su interior.

Por fin hoy sus entrañas se me abren y me seducen. Mis pasos me llevan por sí solos; es como si ese coloso quisiera tragarme para que me adentre en sus noches de cabaret y picardías; como si algo de ello quisiera ser al fin parte mío. A pesar de su fachada en efecto descuidada que intimida a los novatos, mi mente me obliga a adentrarme en sus fauces. Me entrego.

El vestíbulo es ciertamente como la antesala del Hades, casi el infierno mismo. Ahí una bóveda menguante pinta sus techos y paredes con una grotesca ornamentación; por doquier asoman esculturas estilo renacentista con aspecto de demonios, bestias dentro de la bestia, siguiéndome con la mirada. Vacío, aquel pabellón me escolta hacia la taquilla.

—Un boleto para lo que sea que haya aquí—, le digo a aquel Caronte, guarura del inframundo, un oso regordete de más de 98 kg con aspecto de moribundo.

Al fin entro, y me sumerjo en una sensación de viajar en el tiempo. Las paredes parecen tener vida, murmurar las canciones que alguna vez se cantaron y las risas que se oyeron en algún momento. Todo se transforma. Me emociona, lo admito. Me hace sentir cómplice de algo malicioso, de algo prohibido, como si todo el tumulto hubiera sido

Estoy completamente solo
en el **centro del escenario**,
aunque aun escucho la **risa**
de la *Tigresa* cacarear
entre los **rincones**.

máscaras, seres mitológicos. Es un aquelarre, ha sido como entrar a la casa de una bruja; a la boca del lobo. No obstante, ando sin miedo, como si siempre hubiera vivido ahí. Recorro las texturas de las paredes, al igual que un ciego en busca de la salida. Camino un tramo más y el ruido de la fiesta poco a poco se transforma en pitidos de coches, gente gritando su vendimia; mi gente.

Abro los ojos y percibo luz solar; es de día y la calle de Donceles sigue con su calor apestoso. No recuerdo siquiera haber soñado o dormido. ¿Cómo me explico lo que pasó? Bueno, no lo hago. Dejo que la magia del Fru Fru conserve su misterio. Me alejo y me interno de nuevo en el bullicio. Me pierdo de nuevo.

escena. Lo dudo, pero luego lo confirmo, se trata de *Naná*; está en vivo. Lo sé porque Irma Serrano aparece *topless* y no es algo que alguien se jacte de decirlo.

Empiezo a caminar hacia el escenario, pero, de pronto, lo que antes era vivo, rojo y dorado, ahora es todo polvo, telarañas, gris y óxido. Todos se han ido. Estoy completamente solo en el centro del escenario, aunque aún escucho la risa de la Tigresa cacarear entre los rincones. Me recorre el cuerpo su sonido, me hace tambalear y me empuja a salir hacia los camerinos, buscando el origen de aquella risa. Llegando a esa parte todo se enciende de nuevo y cobra vida. Hay carteles de obras pasadas, que datan desde 1934; camino por el largo pasillo y una vez más me doy cuenta: tapices de recortes de libros y dioses hindúes me observan; lo mismo que hombres con

